

## RESEÑAS

KEIL, Gundolf (ed.), *Fachprosaforshung-Grenzüberschreitungen*, 2/3 (2006/07), Baden-Baden, Deutscher Wissenschafts-Verlag, 2008, 605 pp. [ISSN 1863-6780].

Desde el año 2005 se viene publicando en Alemania (en la ciudad de Baden-Baden) una nueva revista dedicada a la literatura técnica. Tiene por título *Fachprosaforshung – Grenzüberschreitungen* y es fruto de la colaboración entre el «Gerhard-Möbus-Institut für Schlesienforshung» y el «Wullstein- Forschungsstelle für deutsche Medizinliteratur des Mittelalters», ambas instituciones, como es sabido, con sede en la famosa ciudad universitaria de Würzburg. Dicha publicación es editada bajo la dirección del profesor Gundolf Keil y su redactor jefe es el profesor Christoph Weisser.

Con el objeto de proporcionar una idea de lo que esta nueva revista ofrece, en las siguientes líneas realizaremos una breve reseña del volumen doble 2/3 (2006/2007), publicado en el año 2008, cuyos contenidos se distribuyen de la siguiente manera. Tras el índice (páginas 5-7), tenemos treinta y dos artículos originales de investigación (páginas 9-539), que versan sobre diversas materias relacionadas con la literatura técnica. A continuación, hay un apartado que bajo el epígrafe de «Personalía» (páginas 541-566) incluye tres escritos en homenaje a tres estudiosos alemanes con motivo de su cumpleaños: Hans Schadewaldt, Kurt Kochsiek y Bernhard Dietrich Haage<sup>1</sup>. En el siguiente apartado, bajo el título «Contemporanea» (páginas 567-582), encontramos cinco breves artículos que recogen varios discursos pronunciados en diversos actos y acontecimientos de carácter académico, como por ejemplo, con motivo de la presentación de un libro, que es el tema del primero de ellos. Tras esta parte, tenemos las habituales reseñas de libros (páginas 583-603) y, cerrando el volumen (páginas 604-605), las instrucciones para los autores. En total, pues, el volumen consta de más de 600 páginas repletas de interesantes artículos.

Dentro del ámbito de la literatura técnica (entendiendo como tal toda aquella literatura cuyo tema es una materia de carácter técnico o científico), la disciplina predominante en *Fachprosaforshung-Grenzüberschreitungen* es la medicina en sus distintas ramas, sin excluir tampoco artículos sobre disciplinas afines como la veterinaria. No obstante, a pesar de ser la medicina el eje principal, a lo largo de los numerosos artículos encontramos una gran variedad de contenidos y puntos de vista, pues los estudios son realizados, dependiendo de la formación y orientación de sus autores, desde diversas perspectivas como la del historiador (antiguo, medieval, etc.), el filólogo (germánico, clásico, etc.), el arqueólogo, el lingüista, el filósofo, etc., lo cual da al volumen un marcado carácter interdisciplinar (de ahí la segunda parte de su título *Grenzüberschreitungen*), que constituye una de las características más interesantes y atractivas de esta publicación. Dada la gran cantidad de artículos, sería muy extenso reseñar todos y cada uno de los trabajos, por lo que daremos una visión general para que se pueda apreciar su diversidad.

---

<sup>1</sup> En el artículo dedicado a éste último se incluye, además, su extensa producción bibliográfica comprendida entre los años 1967-2008.

El marco cronológico de los temas tratados se extiende desde el primer milenio antes de Cristo (uno de los trabajos nos lleva a esa época a través de la trepanación en el mundo celta) hasta la actualidad (con temas como los problemas éticos que plantea la tecnología genómica) pasando por la Roma imperial, la Edad Media y épocas subsiguientes. Desde el punto de vista temático, además de los artículos de investigación sobre los más diversos temas (como, por ejemplo, el papel desempeñado por los médicos en la corte del emperador romano Claudio; la identificación de enfermedades descritas en tratados medievales como la *Aegritudo Arnaldia*; el médico árabe Ibn an-Nafis y la circulación pulmonar; la historia y desarrollo de la ginecología; Roentgen y los rayos X, etc.), encontramos dos ediciones críticas de textos inéditos hasta el momento: un fragmento de un texto medieval alemán sobre la alimentación y curación de las aves de presa y, por otro lado, un breve manual de fines de la Edad Media (en torno al año 1400), escrito también en alemán, que ofrece el tratamiento de emergencia para los traumatismos producidos en las campañas bélicas. También se incluyen dos artículos donde se nos ofrecen dos útiles y detalladas descripciones de manuscritos medievales de contenido médico: el manuscrito Badische Landesbibliothek, Kalsruhe, Codex Donaueschingen 792, redactado en torno al año 1450, y un códice escrito en el siglo XIV y conservado en la Biblioteca Nacional en Madrid con la signatura Mss/8769 (antes X 240).

Desde un punto de vista más externo y formal, los artículos, cuando así lo requiere el tema, están acompañados de textos, ilustraciones, gráficos, mapas y tablas que enriquecen los contenidos y permiten una mejor comprensión de los mismos. Al final de cada artículo, se incluye, además, el resumen en inglés, la dirección del autor y la bibliografía.

Todo ello hace de esta revista una publicación sumamente interesante y un instrumento muy útil y riguroso para la difusión de trabajos dentro del ámbito de la literatura técnica, por lo que el mundo científico dedicado a esta disciplina debe alegrarse por esta nueva revista que ha comenzado a dar sus primeros, pero seguros pasos, y a la que deseamos una larga y feliz vida.

Alberto ALONSO GUARDO  
Universidad de Valladolid

GONZÁLEZ REDONDO, Francisco A., *Protagonistas de la Aeronáutica: Leonardo Torres Quevedo*, Madrid, AENA, Aeropuertos Españoles y Navegación Aérea, 2009, 160 pp. [ISBN 978-84-924991-6-8]

El Centro de Documentación y Publicaciones de AENA, en su tarea de difusión de la Historia de la Aeronáutica, ha iniciado una nueva colección de libros con el título de «Protagonistas de la Aeronáutica»; y ha decidido hacerlo publicando la biografía de Leonardo Torres Quevedo, al que Maurice d'Ocagne (Presidente de la Société Mathématique de France) consideró en 1930 «el más prodigioso inventor de su tiempo». Su autor es Francisco A. González Redondo, profesor de la Universidad Complutense de Madrid quien, junto con su padre y maestro, Francisco González de Posada, Presidente de Amigos de la Cultura Científica, llevan veinte años difundiendo la vida y la obra del ingeniero español organizando simposios, ciclos de conferencias y exposiciones, y publicando numerosos artículos, libros de actas y catálogos que se han convertido en la principal fuente de información en los últimos tiempos para conocer la trayectoria vital y científica del genial ingeniero de Caminos.

Como es natural, esta obra se ha visto precedida de diferentes aproximaciones biográficas anteriores. Leonardo Torres Quevedo falleció en Madrid el 18 de diciembre de 1936, a unos días de cumplir los 84 años y, con ese motivo, diferentes autores publicaron breves reseñas biográficas,

entre las que pueden destacarse la de Blas Cabrera (en los *Procés Verbaux des Sciences* del Comité Internacional de Pesas y Medidas), Pedro M. González Quijano (en la *Revista Matemática Hispano-Americana*) o Maurice d'Ocagne (en la *Revue des Questions Scientifiques*).

En 1952 y, muy especialmente, lo largo de 1953 y con unos meses de retraso, se fue conmemorando en diferentes medios el centenario del nacimiento del ilustre inventor, que había tenido lugar en Santa Cruz de Iguña (Molledo, Cantabria), el 28 de diciembre de 1852. Con ese motivo volvió a recordarse su vida y su obra en artículos de Marcos López del Castillo (en *Núcleo*), de Juan Campos Estrems, Louis Couffignal, Charles Manneback y Pedro Puig Adam (en la *Revista de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*), de Julio Rey Pastor, Antonio Manuel Campoy, Juan M<sup>a</sup> Torroja y Emilio Novoa (en *ABC*), e, incluso, de su propio hijo, el también ingeniero de Caminos Gonzalo Torres-Quevedo Polanco (en *Revista de Obras Públicas*).

Pero sería el crítico literario montañés, Leopoldo Rodríguez Alcalde, el que por primera vez plasmase la biografía del sabio español en dos libros aparecidos sucesivamente en 1966 (*Leonardo Torres Quevedo y la Cibernética*) y 1974 (*Biografía de D. Leonardo Torres Quevedo*). Las dos obras, que tenían un carácter divulgativo y suponían más un ejercicio literario que científico, estaban construidas a partir de los recuerdos y documentos de los familiares.

En 1980, José García Santesmases escribió la biografía científica de referencia clásica (*Obra e inventos de Torres Quevedo*), dedicando capítulos independientes, prácticamente disjuntos, al desarrollo de los diferentes campos en los que se concentró la inventiva del insigne ingeniero, construidos a partir de la ingente documentación conservada en el archivo de la familia.

Doce años más tarde, en 1992, reuniendo toda la información de las referencias anteriores junto con la aportada por los diferentes autores que contribuyeron con sus ponencias a los Simposios «Leonardo Torres Quevedo: su vida, su tiempo, su obra», Francisco González de Posada, a modo de presentación de una selección de facsímiles de los trabajos escritos más importantes del insigne sabio, escribió para la colección «Biblioteca de la Ciencia española» de la Fundación Banco Exterior, la obra (de título *Leonardo Torres Quevedo*) que supuso un antes y un después en el conocimiento y difusión del ilustre ingeniero español. De nuevo, González de Posada exponía la contribución de Torres Quevedo en capítulos independientes, uno para cada ámbito en el que se desarrolló la inventiva de D. Leonardo, ahora con puentes entre ellos y perspectivas que trascendían las de García Santesmases.

Con todos estos antecedentes, la obra de González Redondo que ahora comentamos aporta numerosas novedades. La primera, motivada por la naturaleza de la entidad editora (AENA), es que constituye la primera biografía que se escribe desde la perspectiva de la aportación de Torres Quevedo a la Historia de la Aeronáutica. La segunda es que en ella, transcurridos más de quince años desde la publicación de la última biografía, se integran varias decenas de investigaciones del autor sobre la vida y la obra del sabio español más universal, que han ido aportando innumerables datos y nuevas valoraciones de su obra, especialmente en lo que refiere a su contribución a la solución del problema de la navegación aérea.

Y este punto de vista, el de la Aeronáutica, es el que ha permitido a González Redondo resolver el problema de la organización cronológica de una obra, la de Torres Quevedo, en la que, como reconoce en la presentación el autor, las invenciones se suceden, se solapan, se superponen, culminan, se abandonan para resurgir de nuevo, en otro momento, desde otra perspectiva, cuando parece que está dedicado a temas completamente distintos.

Y es que, como destaca González Redondo, organizar en un libro la biografía de Torres Quevedo es muy problemático. Su primer invento, el *transbordador*, un teleférico concebido específicamente para personas, fue rechazado en Suiza en 1890, fracaso que superó a partir de 1893 dedicándose a un tema completamente nuevo, el de las máquinas de calcular de tecnología mecánica. Cuando se había consagrado internacionalmente en 1900 con sus *máquinas algébricas*, pasó a dedicarse al mundo de los globos dirigibles, patentando en 1902 el sistema más original de su

tiempo. Sin embargo, antes de poder desarrollar su dirigible semirrígido, se centraría a partir de 1903 en el ensayo del primer dispositivo de mando a distancia de la historia, el *telekino*, precisamente para poder efectuar las pruebas con los aerostatos sin arriesgar vidas humanas. Además, mientras completaba la construcción de un primer dirigible que ya no seguiría la patente de 1902, sino un nuevo sistema *autorrigido* patentado en 1906, en 1907 asistía, por fin, veinte años después de patentarlo, a la inauguración de su primer *transbordador* en San Sebastián.

En esos mismos años Torres Quevedo había decidido dar por terminado el desarrollo del *telekino* en tanto que mando a distancia, convirtiéndolo en el punto de partida de su obra en *Automática* al redescubrir, sobre todo a partir de 1910, toda su dimensión como dispositivo electromecánico, como autómeta, en unos años en los que estaba consiguiendo el reconocimiento internacional de sus sistema de dirigibles.

Así, mientras recibía importantes cantidades de royalties por la comercialización de sus dirigibles desde Francia en el entorno de la Primera Guerra Mundial, en realidad estaba dedicado casi monográficamente a partir de 1912 a la *Automática*, a sus *ajedrecistas* y a las máquinas de calcular electro-mecánicas. Y, sin embargo, antes de presentar, en 1920, el primer ordenador de la historia, el *aritmómetro electromecánico*, retomaba en 1919 el tema de los dirigibles proyectando a petición de Emilio Herrera, para resolver el problema de la travesía transatlántica, el «Hispania».

Esta realidad es la que hizo que Santesmases y González de Posada renunciasen a exponer cronológicamente la obra de Torres Quevedo y optasen por dedicar un capítulo diferente a cada invención. Por el contrario, González Redondo ha observado en su libro que, si se sitúa como referencia básica la aportación del inventor a la solución del problema de la navegación aérea, el conjunto de su obra puede dividirse coherentemente, con un «antes» y un «después» de la que puede considerarse su época aeronáutica. Y es que durante algo más de diez años el *Centro de Ensayos de Aeronáutica* constituyó la ocupación principal de nuestro sabio; los años transcurridos entre los primeros contactos sobre Aerostación documentados en 1901, y la solicitud presentada a finales de 1913 en el Ministerio de Fomento, para trasladar los recursos del *Centro* al *Laboratorio de Automática*.

Así, González Redondo, atendiendo al objetivo primordial de abordar la biografía aeronáutica del ilustre ingeniero español, ha organizado su libro en cinco capítulos. En el primero presenta los orígenes de Torres Quevedo en las provincias del Cantábrico (padres vizcaínos y montañeses) y sus primeras invenciones: el *transbordador*, patentado en 1887, las *máquinas algébricas* y el *telekino*, extendiendo las consideraciones hasta el éxito inicial del *transbordador* del Monte Ulía en 1907 y la gloria final de su sistema de teleférico de cables múltiples consagrado con el *transbordador* del río Niágara en 1916, construido casi treinta años después de la primera patente y que aún hoy surca los cielos de Canadá y Estados Unidos sin haber tenido ni un solo accidente tras más de noventa años de servicio.

A continuación se recoge el mundo aeronáutico de Torres Quevedo en tres capítulos: el segundo, dedicado al origen y las actividades emprendidas en el *Centro de Ensayos de Aeronáutica*; el tercero, en el que se da a conocer la colaboración del inventor con los ingenieros militares en torno a su primer dirigible hasta el desencuentro con ellos en el verano de 1908; y el cuarto, en el que el extraordinario éxito internacional de sus invenciones aeronáuticas se ve ensombrecido por la incomprensión en España.

Finalmente, en el quinto y último capítulo, González Redondo retoma el discurso temporal de la obra del inventor, quien entraba a partir de 1913 en los trabajos de *Automática* con dispositivos electromecánicos, tarea que había adelantado en 1911, en espera de unos apoyos del Gobierno para continuar los trabajos aeronáuticos del *Centro* que nunca llegarían. Y, realmente, Automática, Informática, Inteligencia Artificial son los ámbitos en los que Torres Quevedo se erigiría como pionero y los que le harían entrar en la Historia mundial de la Ciencia.

Pero si todas las consideraciones precedentes destacan aspectos del pasado, glorioso, pero pasado, el capítulo y el libro terminan con una novedad historiográfica: el autor nos muestra (y demuestra) cómo las aportaciones de Torres Quevedo a la Aeronáutica, presentadas entre 1902 y 1913, han conti-

nuado siendo *actualidad* a lo largo del siglo XX y siguen vigentes hoy en día, a comienzos del siglo XXI, constituyendo *presente* de la Aerostación dirigida, hasta el punto de que en nuestros días no se construye ningún dirigible que no haga uso, consciente o inconscientemente, de alguna de las ideas presentadas hace ya más de cien años por «el más prodigioso inventor de su tiempo».

Luis ARRANZ MÁRQUEZ  
Universidad Complutense

RAMACCIOTTI, Karina, *La política sanitaria del peronismo*, Buenos Aires, Biblos, 2010, 187 pp. [ISBN: 978-950-786-768-2]

Existe en la Argentina un relativo vacío historiográfico con respecto a la reconstrucción histórica de las oscilantes dinámicas que reinan en las instituciones dependientes del organismo estatal. En los últimos años lo que podríamos denominar como la cuestión social ha puesto nuevamente sobre el tapete el rol que en función del bienestar de la sociedad debería jugar el Estado. A juzgar por la crisis que atraviesan las ciencias sociales en un nivel local, las cuales no han podido explicar los cambios generados en la estructura social, ha ganado terreno en la agenda de los investigadores una incipiente mirada sobre el funcionamiento del Estado en torno a las respuestas que brindó a las demandas que fueron emergiendo de la sociedad civil a lo largo del siglo XX: participación política, democratización de la educación, asistencia médica y mayor equidad en la redistribución del ingreso.

El libro de Karina Ramacciotti aborda una de estas cuestiones encarando el estudio de la política sanitaria durante el primer peronismo (1946-1955) desde el análisis del armazón institucional de la Secretaría de Salud, con rango de Ministerio a partir de 1949. En esta dirección se propone estudiar la oscilante correlación de fuerzas políticas, las ideas y las realizaciones administrativas y materiales en el ámbito de la esfera sanitaria señalando los cambios administrativos y normativos y el funcionamiento de un entramado sistema en el cual se superponían los sindicatos, la asistencia privada, la Fundación Eva Perón y la Dirección de Asistencia Social.

La obra se encuentra dividida en cinco partes bien estructuradas que permiten realizar una lectura dinámica e invita al lector a sumirse en los derroteros de la asistencia pública en la Argentina desde fines del siglo XIX hasta el primer peronismo: las tentativas de centralización, (cap. 1) los años formativos de Ramón Carrillo (cap. 2); la institucionalización de la salud pública (cap. 3), los hospitales, una política de Estado (cap. 4) y las huellas de la educación sanitaria de masas (cap. 5).

Así las cosas, el primer capítulo da cuenta de los intentos del Estado por centralizar la salud pública en el territorio nacional desde fines del siglo XIX para paliar los efectos negativos de la modernización, entre ellos los brotes epidémicos que impulsaron a la tarea de vacunación e higienización y control sanitario mientras que, por otro lado, los grupos profesionales desde el espacio público llamaron al Estado para intervenir mediante el desarrollo institucional de organismos de salud. Las diversas formas de intervención sanitaria partieron del Departamento Nacional de Higiene (1880) y el organismo de Asistencia Pública (1883). Pero estas incipientes políticas de salubridad —editorializada la autora— se encontraron obstaculizadas por el accionar de la Sociedad de Beneficencia, cuyas damas administraban un conjunto de hospitales en la ciudad de Buenos Aires. Otro de los obstáculos a los cuales se enfrentó el Estado estaba entroncado con la cuestión del federalismo ya que las provincias observaron con desconfianza los intentos de monopolizar la asistencia médica por parte de la repartición central.

El capítulo dos tiene como objetivo desentrañar los años formativos y el recorrido político entre 1930 y 1946 de Ramón Carrillo. La contribución empírica es valiosa por el compendio de fuentes

que utiliza entre las que se encuentran una serie de artículos publicados por el neurocirujano en los que bregaba por la búsqueda de un «biotipo argentino», a los cuales la investigadora suma la revista universitaria «La Semana Médica» y los expedientes extraídos de la Facultad de Ciencias Médicas con la contribución periférica de diarios locales. Gracias a este corpus documental el lector puede auscultar la meteórica carrera iniciada por Carrillo en la Universidad de Buenos Aires en el año 1938, hasta su designación como decano interino de la misma Universidad, sus lazos con el ámbito castrense y las idílicas relaciones con el mismo Perón hacia el año 1945 a quien Carrillo conoció en el Hospital Militar. El capítulo finaliza con la convocatoria de Perón para que Carrillo sienta las bases de la Secretaría de Salud y de la política sanitaria en general.

Renglón al margen, hay que subrayar que la reconstrucción histórica se erige como una un retazo del pasado que es seleccionado por el investigador desde un presente y que siendo la disciplina histórica un constructo humano, la misma puede hallarse colonizada por falacias, reconstrucciones tendenciosas o meras ilusiones mitológicas basadas en un compendio de literatura partidaria. Puede transformarse en una legitimación discursiva del poder de turno y más aún, si se aborda una temática tan sensible como fue y sigue siendo el fenómeno peronista. Al encarar la figura de Carrillo, Ramacciotti se aleja de estas tendencias tratando de mantener el hilo conductor de la pretendida objetividad científica. En consecuencia, esto no le impide, en base a los expedientes reclutados en el Archivo de la Facultad de Ciencias Médicas, dar a luz a la acusación que sufrió Carrillo por parte del neurocirujano Ricardo Morea quien señaló al primero por cometer «plagios y omisiones» en su tesis doctoral «Yodocentriculografía» en un folleto editado por el propio Morea. Carrillo sólo atinó a recusar la denuncia alegando que había copiado «de memoria» las definiciones que aparecen en su tesis (p. 54). Esta anécdota puede resultar intrascendente para la estructura del libro, pero Ramacciotti prefirió no ocultar el hecho en cuestión alejándose de ese jalón interpretativo en el cual la historia aparece como una herramienta política que «transforma a ciertas figuras en el botín de interpretación de fenómenos políticos coyunturales» (p. 45) por lo que ella misma se convirtió en el blanco de críticas insustanciales por parte de un sector político ajeno o renuente al debate historiográfico que dificulta la comprensión y la heterogeneidad de los fenómenos históricos.

El capítulo tres nos lleva a inmiscuirnos en el armado institucional de la salud pública durante el primer peronismo y las características que asumió el reclutamiento y la especialización de los denominados «técnicos». Los médicos que detentaron el control del organismo auspiciaron la formulación y la implementación de objetivos políticos que permitían guiar la acción pública. Estas aspiraciones técnicas fueron volcadas en el Plan analítico de salud pública de 1947 esbozado por Carrillo.

Los prolijos organigramas citados y analizados por Ramacciotti describen el complejo sistema de administración de la Secretaría de Salud y la expansión cuantitativa sufrida a partir de 1947 respecto de la cantidad de personal. Este tipo de organización se debía según la historiadora a que «la burocratización fue considerada la mejor forma por medio de la cual los profesionales podían organizarse técnicamente» (p. 70)

El voto de confianza otorgado por el peronismo a la gestión de Carrillo fue acompañado por un destacado presupuesto que permitió duplicar la oferta de camas disponibles en los hospitales, la creación de nosocomios y las campañas sanitarias en el territorio nacional en el período 1947-1950, temática que retoma en el último capítulo del libro. A su vez, los médicos sanitarios fueron interpellados por el Estado y se vieron envueltos en una suerte de profesionalización siendo la Escuela Superior Técnica de Salud Pública la que monopolizaba el dictado de cursos para mejorar el desempeño del personal técnico, profesional o auxiliar. El otorgamiento de becas, la profundización de los vínculos médicos internacionales y los planes de erradicación de epidemias evidenciaron un marcado sesgo de profesionalización pero con una variante negativa. Según Ramacciotti, para el caso de la Secretaría de Salud Pública «...la permanencia y los ascensos de los cuadros técnicos estuvieron fuertemente ligados a la lealtad política o a la fidelidad jerárquica» (p. 83.) En este pasaje del texto nos deja una deuda que saldar ya que en definitiva dada la complejidad de la temá-

tica la autora pudo haber egresado por un instante de la especificidad del caso e incorporar un apartado reducido con la «lógica administrativa» y de «sumisión» que primaron en el resto de los Ministerios como el de Educación. Las conclusiones a las cuales arriba no se correspondieron como una novedad del organismo sanitario, sino que, por el contrario, se erigió como un común denominador en las instituciones dependientes del Estado en la misma coyuntura.

El capítulo cuatro nos brinda un panorama sobre la construcción y habilitación de los centros hospitalarios con la duplicación del número de camas en el cenit de la gesta sanitaria y la intención de fundar ciudades-hospitales en las zonas rurales o suburbanas y monoblocks para internados. En la práctica, «ésta intención planificadora se plasmó sólo en forma parcial» (p. 95). Bajo la administración de Carrillo se destacaron la anexión de pabellones a las estructuras sanitarias existentes, la creación de hospitales generales y los hospitales para enfermedades específicas.

No obstante, una de las cuestiones más interesantes analizadas es la conflictiva superposición entre el Ministerio de Salud y la Fundación Eva Perón quien también brindó ayuda médico-asistencial preventiva y curativa a los sectores más postergados en la pirámide social y financió la construcción de policlínicos gracias a la estimación material del Estado, los aportes laborales y las donaciones a las cuales estaban sujetos obreros y empresarios. En este escenario de luchas parcelarias por obtener los recursos necesarios, El Ministerio de Salud sufrió una reducción presupuestaria y una pérdida de protagonismo que la historiadora nos ilustra de forma concreta: tomando el período 1948 y 1951 los ingresos que obtuvo el Ministerio en esta etapa decrecieron en 59 millones de pesos mientras que los de la Fundación Eva Perón aumentaron en 805 millones en un contexto signado por la retracción económica y la crisis del modelo distributivo característico de los primeros años de gobierno. La crisis económica que estigmatizó la política distributiva del peronismo no incidió en los ingresos ni en los planes constructivos de la Fundación. Quizás aquí la exploración sobre las causas de esta superposición amerita una mayor profundización analítica. Si este traspaso de recursos se debió a rencillas personales entre Carrillo y Eva Perón; a una nueva distribución simbólica que reemplazó a la distribución material producto de la crisis del modelo o a la propia dinámica de las instituciones peronistas nos deja un interrogante abierto para la discusión.

La construcción de hospitales y las campañas de educación sanitaria en fabricas, escuelas y colonias de vacaciones son temáticas retomadas en el último cuerpo del libro cuyo tópico se resume en la idea de «Patria Sanitaria», es decir, la extensión de los servicios de salubridad a lo largo del territorio nacional con el fin de acercar la salud a la población. La idea se materializó en 1947 con la planificación de la Primera Caravana Sanitaria. En rigor, estas campañas fueron «...las herramientas que mejor pudieron sobrevivir al desgaste político y a la reducción de recursos» (p. 170).

En síntesis, este libro se transformará en una obra de consulta indispensable para los futuros historiadores que quieran incursionar en el campo de la historiografía social. La autora cumple de manera eficiente el objetivo de su trabajo gracias al rigor analítico con el cual encaró el objeto de estudio utilizando un conjunto de copiosas fuentes (muchas de ellas inéditas) que permiten vislumbrar una mirada sistemática sobre los vaivenes, las fortalezas, debilidades y contradicciones de la política sanitaria durante el período reseñado por fuera de los márgenes de la mitología partidaria. Más allá de reportarnos una sugestiva mirada sobre el funcionamiento de la burocracia estatal, su interacción con las ideas circulantes en el espectro político y profesional de la época el libro nos invita a reflexionar, a pasos del Bicentenario de la Nación Argentina, sobre los márgenes de injusticia que reinan en la actualidad producto de la verticalización de los poderes económicos que han diezmando en los últimos años las políticas sociales.

Adrián CAMMAROTA

Universidad Nacional General Sarmiento, Argentina

VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco, *La Filosofía española. Herederos y pretendientes, una lectura sociológica (1963-1990)*, Madrid, Adaba, 2009, 438 pp. [ISBN: 978-84-96775-60-2].

Existen muchas y muy variadas maneras de emprender la historia de un cuerpo de conocimientos socialmente institucionalizado. También son muy conocidos los estudios que explican cómo a partir de saberes matrices se va desplegando el árbol de filiaciones y las ramas que conducen a las cada vez más especializadas disciplinas científicas de nuestros días. A pesar de que la historia social de la ciencia ha hecho brotar frutos muy sabrosos y gracias a ello se va reactualizando el aserto foucaultiano de que toda verdad tiene su historia, es todavía moneda frecuente e indeseable la presencia de esas historias heroicas e idealistas de las disciplinas según las cuales la génesis del conocimiento se dispone como una batalla infatigable contra el error hasta llegar a la conquista de la auténtica ciencia. Esa lectura complaciente, idealista y teleológica de la evolución de los campos de conocimiento suele convivir con una aproximación internalista dentro de la que los postulados científicos emanados de cada materia se despojan de los contextos sociales y de las relaciones de poder en los que se inscriben.

Ciertamente, en España existe ya una fecunda tradición de historia de la ciencia (recientemente, en 2009, Julio Mateos acertadamente glosó en el número 13 de *Con-Ciencia Social*, la obra de José Luis Peset, uno de los más competentes cultivadores de esa excelente tradición), aunque no es infrecuente, en el terreno de la pedagogía y la educación, la persistencia de la inveterada proclividad idealista que considera la historia de la Pedagogía y de la educación como la narración en orden cronológico de las ocurrencias, instituciones y textos generados en un devenir que pareciera estar guiado por una suerte de destino inescrutable, impulsado por un misterioso y autosuficiente dispositivo lógico. De este modo y por todo ello suele imperar en las pesquisas sobre estos temas el coleccionismo de textos, ideas y autores dispuestos sobre un enjuto bastidor teórico deudor del más rancio, pobre y ciego de los empirismos.

En cambio, el libro que comentamos tiene la virtud de afrontar un desafío: la aplicación de categorías sociológicas para el estudio histórico de un ámbito disciplinar (la Filosofía española entre 1963 y 1990). Se diría que su autor, Francisco Vázquez, catedrático de Filosofía de la Universidad de Cádiz, acreditado estudioso de las corrientes de pensamiento francés vinculadas a Michel Foucault<sup>1</sup> y Pierre Bourdieu, acepta en esta obra lo que llamaremos el «desafío Bourdieu», es decir, la utilización y aplicación sistemática de las herramientas conceptuales con las que este sociólogo, siguiendo su teoría de la acción humana en el espacio social, ha desentrañado las reglas que gobiernan los campos escolásticos (los saberes institucionales donde habita el *homo academicus*). Bien es verdad que esta tarea individual que ahora reseñamos vino precedida por varios estudios acerca del sociólogo francés, alguno de gran interés divulgativo y de título más que sugestivo: *Pierre Bourdieu. La sociología como crítica de la razón* (Montesinos, 2002), y que además se integra dentro de un proyecto de investigación más vasto y compartido que obedece al título de *Intelectuales y calidad democrática en España. Un estudio sobre el campo filosófico* (2006). Dentro de esa órbita se han dado interesantes resultados colaterales como los trabajos de sociogénesis de José Luis Moreno

---

<sup>1</sup> En *Transiciones, cambios y periodizaciones en la historia de la educación* (CUESTA, MAJNER y MATEOS, 2009, 68-69) hemos dejado constancia expresa de nuestra idea sobre el tratamiento del cambio y la continuidad, y, en relación con ello, sobre algunos de los itinerarios de la huella genealógica en España, a la que el autor del libro que comentamos ha hecho aportaciones de mucho fuste, desde su ya clásica incursión en la historia de la sexualidad (*Sexo y razón. Una genealogía de la moral sexual en España*, Akal, Madrid, 1997), tema al que ha regresado en varios trabajos posteriores, hasta su reciente inmersión en el terreno de la biopolítica de raigambre foucaultiana (*La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España, 1600-1940*, Akal, Madrid, 2009).

Pestaña, profesor también afincado en la universidad gaditana, sobre Foucault (*Convirtiéndose en Foucault*, Montesinos, 2006) o sobre otros pensadores (por ejemplo, *Filosofía y genealogía en Jesús Ibáñez, sociogénesis de un pensador crítico*, Siglo XXI, 2008). En el caso que nos ocupa estamos ante el intento más serio, sistemático y documentado de practicar en España una nueva sociología de la filosofía, una innovadora perspectiva que, según confiesa el propio autor, se alimenta de tres fuentes: el francés Pierre Bourdieu, el norteamericano Randall Collins y el británico Martin Krusch. Triple inspiración que permite, en expresión de Francisco Vázquez, aunar un «ejercicio de objetivación sociológica y de reflexividad filosófica» evitando los sesgos subjetivistas, la sacralización de los textos y la ignorancia del contexto histórico (p. 12).

Pero de estas tres fuentes nutricias es la bourdieana la que fluye más caudalosa, empapando toda la problemática y el aparato heurístico de la investigación hasta el punto que el libro constituye hasta la fecha el más estimable y provechoso intento hispano de aplicar la caja de herramientas teóricas de las que se sirvió el sociólogo francés durante su brillante vida profesional. Es cierto que algunas categorías como las de *campo* y *habitus* son moneda corriente en la plataforma intelectual desde la que también nosotros operamos en el Proyecto Nebraska de Fedicaria, como puede verse en el excelente trabajo de Juan Mainier (*La forja de un campo profesional. Pedagogía y didáctica de las Ciencias Sociales en España, 1900-1970*, CSIC, Madrid, 2009), pero aquí se trata de otra empresa intelectual mucho más pegada y dependiente de la sombra teórica y el universo conceptual de Bourdieu. Así se pretende, en efecto, ensamblar la aproximación sociológica con la reflexión filosófica a fin desnaturalizar, des-esencializar la propia dinámica, flujo y circulación de las ideas filosóficas dentro de un determinado espacio social (España entre el franquismo y la democracia). Tarea, sin duda, nada fácil pues eso que llamamos «desafío Bourdieu» resulta un hueso difícil de roer, especialmente si se quiere unir la dimensión estructural del análisis del campo filosófico (un espacio de fuerzas, relaciones, e ideas) con la génesis y metamorfosis del mismo. Ahora bien, el *quid* de la cuestión radica en la manera de deshacer el nudo de una recurrente paradoja: cómo soldar, sin forzar la coherencia del conjunto, las contribuciones que proporciona un punto de vista sociológico-estático con las que provienen de otro más histórico-dinámico. Aunque sin tiempo aquí y ahora para verificar cómo se plasma esta dicotomía en la obra que comentamos, sí conviene al menos apuntar que juzgamos mucho más lograda y profunda la acotación y descripción sociológica del campo filosófico que la explicación de su devenir histórico, especialmente por lo que hace al manejo de las periodizaciones de la «transición filosófica» en España entre 1963 y 1990, carencia que, por lo demás, apreciamos en otros trabajos de su autor, tanto los de raíz bourdieana como en los de raigambre foucaultiana. Pese a ello, el estudioso de temas educativos podrá encontrar en este libro estimulantes sugerencias y orientaciones teórico-prácticas sobre cómo afrontar el estudio de la Filosofía o de cualquier otro campo de la esfera simbólica de la sociedad.

El contenido se dispone en una articulación convencional de capítulos, seguidos de esquemas gráficos del campo y de una bibliografía. El autor, tras mostrar su enfoque metodológico en el capítulo inicial, identifica y describe en los siguientes, a modo de despliegue arborescente, las «redes», «nódulos», «ejes» y «polos» en los que se configura y evoluciona el campo filosófico español. De partida, identifica dos grandes redes en competencia: la oficial-tomista heredera de la Universidad de posguerra franquista, y la alternativa iniciada en los cincuenta a partir de fragmentos de preguerra, la segunda de las cuales finalmente consigue una hegemonía intelectual e institucional en los años setenta y ochenta. Ésta, organizada en torno a lo que llama nódulos Aranguren y Sacristán, cobija un amplio y plural abanico de «pretendientes» que buscan y consiguen finalmente desplazar del poder legítimo e institucional a los filósofos guardianes de la vieja casta y a los «herederos» de la valetudinaria tradición. Con este esquema, realizado a partir de la muestra y estudio de cincuenta filósofos españoles nacidos entre los años veinte y cincuenta, dibuja las reglas y fronteras del campo y traza expresivos y coloristas retratos (no exentos a veces de una cierta superficialidad sociográfica) de las trayectorias socioprofesionales y del tipo de capital manejado (escolar, familiar, social, institucional, etc.) por los individuos que orbitan en torno a los nódulos y polos (escatológico, científico y artístico dentro de la red alternativa) en los que se agrupan los miembros de las dos redes en pugna. Desde luego, las

hipótesis y trayectorias personales que sociologiza se procuran narrar y reconstruir sin recurrir a las descalificaciones *ad hominem* y sin caer en una posición meramente irenista, aunque muy posiblemente el retrato personal y colectivo de la filosofía española de estos años pueda levantar más de una airada queja y ocasionar no pocas desazones.

En el fondo, el profesor Vázquez García trata de explicar cómo acaeció la transición filosófica dentro de la transición política hacia la democracia. Es, pues, un libro que versa sobre el cambio y la continuidad. Por su lado, ignora conscientemente, quizás con algo de imprudencia, todo el aparato conceptual de la filosofía e historia social de la ciencia, la tradición kuhniiana sobre evolución de los paradigmas y otras aproximaciones sociohistóricas. En cambio, subraya su propia tesis frente a las interpretaciones opuestas de Javier Muguerza y Gustavo Bueno, la idea de ruptura con todo lo anterior que defiende el primero y la de una cierta continuidad que sostiene el segundo. Para Francisco Vázquez el proceso que lleva al triunfo de la red alternativa, la de los «pretendientes», no significó un corte de todo o una mutación radical pues la nueva red nace y se nutre de un medio permeabilizado por las distintas familias del régimen (p. 387-388). En su opinión, la cesura, la ruptura con la tradición liberal-progresista estaría en lo sucedido como consecuencia y después de la guerra civil de 1936.

Llevada esta investigación al terreno que más nos interesa, creemos que, independientemente del acierto en asuntos de detalle (algún ofendido pensador quizás no tarde en hacer oír su voz discrepante), en ella hay motivos muy atractivos e ilustrativos que nos facultan para abordar el uso en la historia de la educación de conceptos tan ricos como los de «campo», *habitus*, «tipos de capital», «disposiciones», etc. Y también cabe decir que de tales herramientas podrá beneficiarse la historia más general de la cultura «culta» y de la literatura (el autor se refiere a los trabajos de José Carlos Mainer o Jordi Gracia), donde se producen frecuentemente importantes encrucijadas, coincidencias y desavenencias en torno a cómo periodizar y valorar el cambio y la continuidad que supuso el franquismo, y se ocasionan no pocos debates a propósito de cómo interpretar los ritmos de las transiciones de los diferentes ámbitos de la vida social hacia la democracia. Aquí, sin duda, estamos, a pesar de algunas de sus limitaciones a la hora de captar el *tempo* del cambio, ante una magnífica muestra del valor que posee Bourdieu con vistas a estudiar y reconstruir la sociogénesis de las disciplinas escolares y de los campos profesionales (el campo docente y el *habitus* propio del mismo), premisa para comprender mejor no sólo el conocimiento que se da en las aulas, sino también las razones profundas que dificultan las transformaciones y favorecen las permanencias de los códigos disciplinares y la propia «gramática» de la cultura escolar. En una palabra, saludamos este valiente envite que supone el «desafío Bourdieu» y esperamos que contribuya a engrasar nuestras mentes y profundizar nuestra mirada sobre el espacio escolar.

Para finalizar, nos tomaremos la licencia de afirmar que, por añadidura, frente a lo que pudiera parecer por su densidad, se trata de una obra amena e incluso divertida, que lo sería mucho más si estuviera dotada de un inexistente índice onomástico para poder guiarnos mejor en esta cartografía del intrincado campo profesional de los filósofos. El libro nos da cuenta y razón (o sinrazón) de las piruetas teóricas, las espectaculares metamorfosis y los juegos de poder/saber de muchos de los que hoy son más insignes protagonistas y a veces cuasimonopolizadores del espacio público de nuestra enteca democracia. Muchos de estos maestros del pensamiento, cansados hoy del duro batallar por el cambio social, como buenos pretendientes de ayer, después de haber conquistado el poder académico y mediático, optan por aconsejar a los demás sobre la vida buena y otras recomendaciones del alma. Por lo demás, esta obra fabricadora de una nueva y rica memoria acerca de nuestras más ilustres cañas pensantes, a menudo tan débiles como Pascal atribuía a la condición humana y tan acomodaticias como el viento de la historia sople, ha de elogiarse porque cumple el clásico precepto de instruir deleitando.

Raimundo CUESTA

IES Fray Luis de León y Fedicaria-Salamanca